Berthold Zilly

Civilizar es traducir. El traductor de "Facundo", un clásico no sólo de la literatura argentina sino también del pensamiento social y de la autoimagen de América Latina, reflexiona acerca de la educación nacional y la transferencia cultural en Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888).

El autor de estas líneas tuvo el enorme placer de trasladar al alemán el *opus magnum* de un escritor que siempre concedió mucho valor al aprendizaje de lenguas extranjeras y a la actividad traductora, tanto en el sentido literal de verter textos de un idioma a otro como también en el sentido figurado de transferir y adaptar ideas, actitudes, instituciones de una cultura en otra; un aspecto de su vida y obra que vale la pena de ser considerado. Y a diferencia de lo que se podría esperar de un importador y propagador entusiasmado de la civilización europea, traducir, para Sarmiento, debía ser un proceso de ida y vuelta.

Pues bien, en el año 1845, salió publicado en Santiago de Chile, ciudad situada entonces en las márgenes de la civilización occidental, *Civilización i barbarie. Vida de Juan Facundo Qiroga. Aspecto físico, costumbres, i ábitos de la República Arjentina**, escrito por un joven exiliado argentino sin cargo importante, sin dinero, sin formación profesional, un autodidacta, pero ya con cierto prestigio como periodista y educador, de nombre Domingo Faustino Sarmiento. Nadie podía prever que ese libro, mera recopilación encuadernada de una serie de artículos apasionados de ese republicano liberal contra el caudillismo en la Argentina y más específicamente contra la dictadura de Juan Manuel Rosas (1835-1852), publicados en el diario *El Progreso*, iría a tener luego un impacto resonante en toda América Latina y más tarde en Europa y los Estados Unidos. Hoy está considerado como "the first Latin American classic and the most important book written by a Latin American in any discipline or genre", según escribe Roberto González Echevarría en su introducción a Domingo Faustino Sarmiento: *Facundo. Civilization and Barbarism* (traducción de Kathleen Ross, Berkeley: University of California Press, 2003). Pues ese ensayo a primera vista amorfo e híbrido –entre biografía de un caudillo (Facundo Quiroga), geografía, historiografía y antropología del interior de la Argentina, novela, drama y panfleto–, escrito al calor del momento, con la intención inmediata del autor de defenderse contra su extradición, exigida por el gobierno argentino, se convirtió en un clásico no sólo de la literatura sino también del pensamiento social y de la autoimagen de América Latina. Ayudó al autor a perfilarse como líder de la oposición antirrosista y a ser elegido más tarde presidente de la República Argentina (1868-1874).

Traducir el *Facundo* a otro idioma no sólo significa prestar un servicio al público lector de otra lengua, promoviendo el diálogo cultural, sino también cumplir un profundo anhelo del propio autor, que siempre quiso ver su libro a disposición del público de otros idiomas, principalmente del francés, lengua franca de los letrados de la época, sugiriendo traducciones también al inglés y al italiano, que realmente se llegaron a publicar todavía en vida del autor. Cuando Sarmiento estuvo en Alemania, en 1847, y según lo cuenta en el relato *Viajes por Europa, África i América 1845-1847*, publicado en Santiago de Chile en 1849-1851, se encontró con un profesor de geografía de la Universidad de Gotinga con quien mantenía correspondencia desde hacía algún tiempo, Johann Eduard Wappäus, y éste publicó al año siguiente, en 1848, algunos trechos del *Facundo* dentro de un tratado sobre la Argentina, destinado a estimular la emigración alemana al Río de la Plata. Pues ésa era, entre otras, una de las intenciones con que Sarmiento escribió y promocionó su libro: fomentar la inmigración de europeos, a fin de que fuesen agentes de la civilización, del cambio social, del progreso económico, tecnológico, civil, cultural.

Es un texto cuya orientación ideológica, entre la Ilustración y el Romanticismo, ya es transnacional, venida de Europa, aplicada al Nuevo Mundo y transformada de modo original por un hispanoamericano que desea compartir el resultado de sus observaciones y reflexiones con los hispanoamericanos y los norteamericanos, pero también con los propios europeos, tal vez por una cuestión de vanidad, pero principalmente porque creía en la importancia del diálogo a escala internacional. Sarmiento siempre se esforzó porque sus ideas y su libro se volviesen conocidos en el mundo de afuera, estimulando reseñas, sobre todo en el principal órgano de la opinión pública internacional de entonces, la *Revue des Deux Mondes*, dando conferencias en 1847 en el Institut Historique de France, y publicando la tercera edición en español del *Facundo* en Nueva York (1868) y la cuarta en París (1874).

La civilización –o sea, el desarrollo de las fuerzas productivas, modernidad, razón, cultura, modos pacíficos de convivencia– es asociada geográficamente con las ciudades, con Europa y los Estados Unidos, al tiempo que la barbarie –tradicionalismo económico y tecnológico, ignorancia, violencia, opresión– se asocia con el resto del mundo, especialmente con el interior de América

Gauchos argentinos de las pampas
Foto: autor anónimo, hacia 1890

© Underwood & Underwood/CORBIS

del Sur, el campo, las praderas, la pampa, los llanos, las selvas, el desierto. Se trata de un modelo dicotómico interpretativo de la historia y de las sociedades, pero que también es usado por los liberales y progresistas con fines polémicos, para atacar a los enemigos políticos atrasados y autoritarios, y para enaltecer las fuerzas liberales y modernizadoras, una especie de campaña religiosa secularizada, en la que el bárbaro siempre es el Otro, el no letrado, el no educado según los moldes europeos.

Procedimientos intelectuales de la civilización

En varios trechos del *Facundo*, el autor se dedica a procedimientos intelectuales muy próximos a los del traductor, mediando entre lenguas y culturas. Esto vale sobre todo para la antológica frase que aparece dos veces en el mismo comienzo, como epígrafe del prólogo y, después, dentro de él: "On ne tue point les idées". En esta cita, o seudocita, pues es de origen apócrifo, está todo Sarmiento, el heraldo de la civilización, el idealista extremado, el posible mártir, con todo su sentido para los gestos patéticos, la autoescenificación, la instrumentalización de la cultura universal para aumentar el prestigio propio; pero también su empeño original, sincero y corajudo por el progreso, la libertad, la Humanidad. Estaba huyendo de la Mazorca, la milicia de tan mala fama de la dictadura rosista:

A fines del año 1840, salía yo de mi patria, desterrado por lástima, estropeado, lleno de cardenales, puntazos y golpes recibidos el día anterior en una de esas bacanales sangrientas de soldadesca y mazorqueros. Al pasar por los baños de Zonda, bajo las armas de la patria que en días más alegres había pintado en una sala, escribí con carbón estas palabras:

On ne tue point les idées.

El Gobierno, a quien se comunicó el hecho, mandó una comisión encargada de descifrar el jeroglífico, que se decía contener desahogos innobles, insultos y amenazas. Oída la traducción, "¡y bien! –dijeron– ¿qué significa esto?[...]".

Significaba, simplemente, que venía a Chile, donde la libertad brillaba aún, y que me proponía hacer proyectar los rayos de las luces de su prensa hasta el otro lado de los Andes. Los que conocen mi conducta en Chile saben si he cumplido aquella protesta.

Sarmiento se mofa de la ignorancia del gobierno y de

sus sicarios, de su falta de cultura universal, de su incapacidad traductora. Haciendo uso del francés, él se declara miembro de la comunidad de los hombres civilizados y cosmopolitas, en la cual incluye a sus lectores, a sus correligionarios, los liberales, los defensores de las Luces, de la razón, de la libertad de imprenta y del derecho, quedando excluidos por eso mismo todos los monolingües, los sectores más populares, no sólo los rosistas sino también, implícitamente, los padres y los hermanos del propio autor, que se revela algo elitista en este aspecto, contrariando el espíritu democrático que inspira su actividad pedagógica.

Los bárbaros federales, incluso después de tener acceso a la traducción, no saben interpretarla, pues no entienden su dimensión filosófica y política, su telón de fondo de la Ilustración, siendo también incapaces de evaluar la situación nacional e internacional de la Argentina contemporánea, las diferencias fundamentales entre un país sin libertad de opinión y otro con ella. Y desconocen o subestiman la importancia del joven unitario Sarmiento, un hombre que gracias al poder de las ideas y de la palabra llegará a legitimar la pretensión expresada en un gesto que podría ser considerado pedante o arrogante. Y realmente, la caída de Rosas en 1852 será –también– una consecuencia de la actividad literaria y periodística de Sarmiento, inclusive de la actitud expresa en el epígrafe. Ahora bien, la traducción que de ella ofrece el propio autor es altamente significativa y emblemática con respecto a su práctica de transferencia cultural, totalmente apropiadora e incorporadora: *A los hombres se degüella: a las ideas, no.*

Es una interpretación subjetiva, particularizadora y nacionalizadora, puesto que reduce la ambigüedad, restringe y concretiza el significado, produciendo un texto de llegada adaptado a la situación política y cultural de la Argentina, de modo que puede ser leído como acusación al régimen rosista, porque alude sarcásticamente a su principal y bárbaro método de represión y de matar a los hombres como se mata al ganado: el degüello. Y sugiere, de acuerdo con el criterio de la longevidad, una oposición entre hombres e ideas en la lucha por la libertad, relativizando la importancia de los individuos e inmortalizando las ideas por las cuales ellos luchan. Alude también –un aspecto autobiográfico– a un destino al cual el autor logró escapar por poco.

Hoy esa frase se encuentra inscrita, no en una sala, sino en la propia roca de uno de los primeros cerros al pie de los Andes, entre San Juan, ciudad natal de Sarmiento, y la frontera chilena, o sea, el epígrafe quedó de alguna manera eternizado, inmortalizado, inscrito en la propia naturaleza, con un busto del autor al lado, transformado todo, por los gobernantes argentinos, en lugar de memoria nacional, recordando, instruyendo y moralizando al viajero; en una lengua europea, dicho sea de paso.

Cosmopolitismo y nacionalización

No sólo el prólogo, también la introducción y cada uno de los quince capítulos del libro tiene un epígrafe de un autor europeo, casi todos en francés, incluso cuando son de Shakespeare o de Alexander von Humboldt, y casi todos aparecen sin traducción por parte del autor, de manera que éste apela una vez más al cosmopolitismo de sus lectores. Casi todos esos epígrafes presentan problemas filológicos, siendo citas poco fiables, y hasta fantasiosas, y por lo menos dos tienen una indicación errónea de la fuente; por ejemplo el del primer capítulo, epígrafe que es atribuido al viajero inglés Francis Bond Head, cuando en realidad es de Humboldt. Los primeros críticos ya apuntaron una serie de inexactitudes en el libro, que el autor no corrigió sistemáticamente en ediciones posteriores; y en el fondo tenía razón, pues el valor del *Facundo* no se encuentra en su confiabilidad filológica e historiográfica. Es, antes que nada, una eficiente máquina generadora de ideas e imágenes sugestivas sobre la Argentina, América del Sur y su relación con el mundo, inscribiendo a la pampa y al gaucho en el imaginario de la Humanidad civilizada. Muchas caracterizaciones de ese paisaje, también dicho sea de paso, ya se encontraban en los relatos de viajeros ingleses, de modo que los escritos de Sarmiento y de otros autores hispanoamericanos acerca del tema pueden ser considerados adaptaciones, variaciones, desdoblamientos de textos extranjeros.

Las citas y otras alusiones a aquello que el lector europeo culto sabe y conoce muestran una técnica cognoscitiva y didáctica, por así decirlo, comparativa, que es la de muchos viajeros europeos: la sabiduría, la cultura, la historia del Viejo Mundo ayudan a entender la América Latina:

La Esfinge Argentina, mitad mujer, por lo cobarde, mitad tigre, por lo sanguinario, morirá a sus plantas, dando a la Tebas del Plata el rango elevado que le toca entre las naciones del Nuevo Mundo.

La esfinge aquí es el dictador Rosas, y Tebas es Buenos Aires, pudiendo referirse el pronombre posesivo "sus" (que evoca el papel de Edipo como solucionador del enigma) a las "almas generosas" o a la "República", que aparecen en la frase anterior, sugiriendo el subtexto que será el propio autor. La palabra "tigre" es otro ejemplo de la estrategia incorporadora practicada por Sarmiento como traductor, pues se refiere a la onza americana, que substituyó al león del mito griego, siendo además de eso una alusión al tótem de Facundo Quiroga, también llamado "El Tigre de los Llanos". Naturalmente, los presupuestos en términos de cultura general que el lector debe conocer son considerables: La Biblia, la historia y mitología de la Antigüedad, la literatura europea y en particular la francesa, nociones científicas de un modo general, y algo de latín y de inglés tampoco viene mal, además de la lengua francesa, naturalmente. El autor traduce, por así decirlo, el interior del país para la civilización, para la cultura urbana y extranjera. Por otro lado, usa la historia y la cultura del Viejo Mundo, que el público letrado conoce, para entender e interpretar el interior del Nuevo Mundo, que el público, incluso siendo de Buenos Aires o de Montevideo, no conoce. De ahí las comparaciones, analogías, antonomasias y me-

nos preparando una fiesta
autor anónimo, hacia 1890

© Underwood & Underwood/CORBIS

táforas tomadas en préstamos a la historia de África, Asia y Europa, de tal manera que los gauchos "son" ora beduinos, ora turcos, mongoles, etc.

Educación europea para todos

Desde la Independencia, la gran preocupación de generaciones enteras de hombres cultos, artistas, escritores, abogados, ingenieros, políticos sudamericanos, o por lo menos de los patriotas progresistas, fue la construcción de un Estado Nacional moderno y civilizado, de veras independiente, un Estado de Derecho, preferentemente republicano (excepto en el Brasil, monárquico hasta 1889) y democrático, próspero, garantizando la igualdad, la libertad, la seguridad de sus ciudadanos y el progreso económico, naturalmente según los moldes capitalistas. Para los grupos más liberales y cosmopolitas, representados por los ilustrados, las profesiones liberales, los empresarios, los comerciantes, como los unitarios en Argentina –a los cuales pertenecía Sarmiento–, y que eran enemigos de los federales –considerados atrasados y autoritarios, vinculados a los caudillos, cuyo jefe supremo era Rosas–, las ideas y los modelos tenían que venir casi exclusivamente de Europa, sobre todo de Francia, pero también de Inglaterra y de Prusia (siendo esta última considerada ejemplar en la enseñanza primaria), y de los Estados Unidos, el gran modelo político. Construir una nación y civilizar el país parecían dos caras de una misma moneda, y el método era una gigantesca transferencia de personas, así como de bienes materiales y culturales, queriéndose importar casi todo: mercaderías, modas, ideas, ciencias, tecnologías, artes, instituciones sociales y políticas, para terminar con el atraso, la pobreza, la dependencia, la violencia, las guerras civiles. Pues varios países de la América Hispánica, en la primera mitad del siglo XIX, eran aquello que hoy se llamaría *failed states*, Estados fracasados, de modo que crear un sólido orden público no era sólo una cuestión de cultura, sino de supervivencia.

Para esa gran obra era preciso formar e informar a las personas, ya que una nación civilizada necesitaba de ciudadanos autónomos e instruidos, no súbditos sumisos y analfabetos. Por eso la imprenta y la opinión pública –para los adultos–, así como la pedagogía y la escuela –para los jóvenes–, se tornaron actividades e instituciones esenciales. Se comenzó a propagar, en los países recién emancipados, un verdadero culto a la educación, así como un culto al libro y a la imprenta, pues "educar al soberano" era un deber patriótico. Por ello, las escue-

las primarias creadas en la Argentina a partir del comienzo de la Independencia, en 1810, se llamaron Escuelas de la Patria, siendo el joven Sarmiento alumno de una de ellas, y después profesor y hasta fundador de muchas más, incluso en Chile. Como presidente de la Argentina, introdujo la enseñanza primaria obligatoria para todos los niños, fueran blancos o no, y también las niñas, un avance notable para la época. Si Sarmiento mostró algunas veces un liberalismo excluyente, con prejuicios racistas contra gauchos, mestizos, negros e indígenas, ellos se referían más bien a su autonomía cultural, que no aceptaba; pero siempre que todos los grupos de la población participasen en la construcción de una sociedad civilizada y homogénea, todos eran bienvenidos. Así, la escuela primaria debía ser el gran vivero de la democracia y de la nación.

Faltaban, con todo, libros de cualquier tipo, libros didácticos, técnicos, científicos, literarios. Como España era identificada con el atraso, el oscurantismo y la tiranía, los modelos tenían que venir de otra parte, de Francia y de Inglaterra. En *Recuerdos de provincia*, las memorias de sus años mozos, Sarmiento narra su propia juventud como una novela de formación que se confunde con la de la nación naciente, profesando una fe casi religiosa en la apropiación de la civilización, o sea, en su traducción, adaptación, metamorfosis para el bien del pueblo y de la República a ser construida.

Para poder leer las principales obras de la civilización era preciso aprender lenguas extranjeras, y para los que no las sabían era preciso traducirlas. Se trajeron profesores y otros especialistas extranjeros, especialmente maestras de primaria de los Estados Unidos, se organizaron bibliotecas (hasta con libros extranjeros), se viajaba dentro y fuera del país, sobre todo a Europa y los Estados Unidos, porque viajar era educarse. Y la traducción es tema constante en *Recuerdos de provincia*. Cuenta el autor que aprendió francés e inglés traduciendo libros, por ejemplo las memorias de Josefina Bonaparte y las novelas de Walter Scott, lo que probablemente significa que los leyó en el original y los tradujo sólo mentalmente. La mayoría de los próceres de la patria –no los federales, naturalmente– fueron también traductores: Belgrano, Moreno, Rivadavia, Alberdi, Alsina, Mitre y otros, inclusive Sarmiento, quien tradujo y mandó traducir numerosos manuales didácticos, técnicos y científicos.

Un gran transculturador

Sarmiento es considerado a veces un ciego imitador e importador de culturas extranjeras, una visión que no le hace honor a las ambivalencias y contradicciones de su obra. En verdad, fue un agente importante del intercambio cultural en ambas direcciones, un gran transculturador, comenzando por el *Facundo*. La propia dicotomía, "civilización y barbarie", es ambivalente, pues como ideólogo de la Ilustración, Sarmiento valora e idolatra la civilización, queriendo divulgarla y transferirla para América Latina, promoviendo una especie de catequesis modernizadora, combatiendo y denigrando las formas de vida y de cultura no europeas. Pero como escritor romántico, como lector de Herder, Rousseau y Victor Hugo, como patriota, Sarmiento se aparta de ese racionalismo utilitarista, valorando al Otro, al paisaje selvático, las culturas premodernas y los caracteres no domeñados, simpatizando incluso con aspectos de aquello que llama barbarie. Es como si escribiese dos libros dentro de uno solo: en el primero, el gaucho es atrasado, inculto, supersticioso, cuatrero y secuestrador de doncellas; en el otro es original, valiente, poético como objeto y sujeto, un músico innato, figura emblemática de la nación. Pues el elemento genuinamente nacional puede ser atrasado, inculto, bárbaro, pero es aquello que tiene la nación, aquel Otro que es también lo Propio de la Nación, e indispensable para la afirmación de aquello que define la diferencia e identidad argentinas. La civilización, transnacional, y la barbarie, nacional y sudamericana, no sólo se combaten sino que también se complementan y se condicionan. Siempre es bueno recordar que en el título de su obra maestra aparece la conjunción "y" (no la "o"): *Civilización y barbarie*, o sea, que no se trata de sustituir una de las tendencias históricas por la otra, sino de conjugarlas, por más difícil que sea.

Si al nivel de los bienes materiales, América del Sur no disponía aún de productos sofisticados para exportar, al nivel de las ideas y de las artes ella sí tenía algo que ofrecer y explicar a los europeos, y eventualmente a los norteamericanos, en términos de valoración del Otro, del no europeo, del mestizo, del salvaje. Así, ya en la introducción, Sarmiento no reconoce el monopolio interpretativo de los autores extranjeros acerca de las Américas, de los Tocqueville, los Guizot o Thiers, por muy respetables que fuesen, reivindicando al contrario que el movimiento de bienes simbólicos debía ser recíproco. Argentina no debía exportar tan sólo pieles y carne, sino también cultura, como aconteció en el caso del poema lírico-épico *La Cautiva*, de Esteban Echeverría, citado con visible orgullo por Sarmiento, y en el caso de su propio *Facundo*, que no vacila en comparar con la *Ilíada*, de Homero, y con *Waverley*, de Walter Scott.

Pues lo salvaje, la barbarie, es una de las condiciones de lo poético de la pampa, de lo sublime, de lo inconmensurable, de la dimensión metafísica que engendra casi necesariamente el arte, cabiéndole al autor letrado registrar y traducir esa poesía del paisaje y de sus moradores para los lectores urbanos de la costa y de Europa:

¡La soledad, el peligro, el salvaje, la muerte! He aquí ya la poesía [...]. De aquí resulta que el pueblo argentino es poeta por carácter, por naturaleza.

* Sarmiento intentó, para facilitar y democratizar la alfabetización, introducir una ortografía más racional y por lo tanto más próxima que la ortografía tradicional a la realidad fonética del español en la América Hispánica, publicando sus primeras obras de acuerdo con su reforma. Ésta, sin embargo, no se impuso y fue abandonada más tarde por el propio autor.

■

Traducción del portugués: Ricardo Bada